

ANALES
LIBROS I - IV

Cornelio Tácito

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

ANALES

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 19

Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por LISARDO RUBIO FERNÁNDEZ.

© EDITORIAL GREDOS, S. A., 1991.
López de Hoyos, 141, 28002-Madrid.
www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN, 1979.
CUARTA EDICIÓN: JUNIO DE 2015.

REF.: GBCC019
ISBN: 978-84-249-3523-8.
Depósito legal: M. 6083-1991.

INTRODUCCIÓN

1. Los «Anales» en la obra de Tácito

Los *Anales* son sin duda la obra de Tácito por excelencia; y ello no sólo por ser la más amplia y mejor conservada de cuantas escribió, sino también por constituir, situados en los años finales de la actividad del historiador, su «testamento histórico y literario»¹.

La carrera literaria de Tácito es una empresa de madurez, como la de bastantes otros historiadores romanos, hombres públicos que encuentran en la cima de la vida el *otium* que les permite dar testimonio escrito de su propia experiencia vital. Si Livio, historiador profesional y de por vida, es una excepción a esa imagen, no lo es Salustio, el más admirado modelo romano de Tácito, ni Tácito mismo, que sólo tras la supresión del déspota Domiciano en el año 96 d. C. —lejana ya la juventud— comienza a unir los laureles literarios a los ya ganados en el foro y en la política. Su *cursus honorum*, que lo había alzado hasta el consulado, y su carrera de abogado habían alcanzado ya su cima cuando se da Tácito a conocer como escritor con su *Vida de Julio Agrícola*, del año 98, piadoso homenaje a la memoria del notable militar que fuera su suegro. «Ahora, por fin, respiramos de nuevo»², escribe en la introducción al opúsculo, aludiendo al final de la tiranía; ha sonado la hora de iniciar una trayectoria de escritor libre que tan peligrosa hubiera resultado durante los quince años de reinado del último de los emperadores Flavios. Y parece como si Tácito quisiera recuperar el tiempo perdido, porque con

relativa rapidez se sucede el resto de sus obras. Tal vez en el mismo año 98 o en el siguiente aparece su *Germania*; el *Diálogo sobre los oradores*, que no parece que falten razones para seguir atribuyéndole, puede situarse en los primeros cinco años del nuevo siglo³. Tácito cierra el ciclo de sus *opera minora*, y se apresta a proyectos de más alto vuelo.

En las *Historias* aborda Tácito el inmediato pasado de Roma a partir de la primera gran crisis del Principado con la caída de Nerón en el año 68. Los doce libros que comprendería la obra se extenderían hasta el final de Domiciano, y parece que ya estaban publicados en el año 109. En el prólogo de las *Historias* Tácito había declarado su propósito de reservar para la tranquilidad de la vejez la narración de los tiempos más recientes, los reinados de Nerva y Trajano⁴; sin embargo, acaba por alterar su primer designio y se dirige a épocas que distan de él entre un siglo y su propia edad⁵, a las de la dinastía Julio-Claudia, primera del Principado romano, desde la muerte de su fundador, Augusto, en el año 14 d. C., a la de su último vástago, Nerón, en el 68.

Ab excessu Diui Augusti libri —«Libros a partir de la muerte del Divino Augusto»— parece haber sido, en efecto, el título original de la obra maestra de Tácito, acuñado sin duda sobre el modelo de los *Ab urbe condita libri* de Tito Livio. La denominación *Annales* que el propio Tácito emplea, ha de entenderse más bien como nombre común para una crónica que sigue el viejo principio de la exposición lineal año por año⁶; fueron los humanistas del Renacimiento quienes hicieron de ella un nombre propio.

La cronología de la composición y publicación de los *Annales* está oscurecida por imprecisiones ligadas a las lagunas informativas que en torno a la vida del propio Tácito tenemos. Parece que en medio de su elaboración ha de situarse el proconsulado del historiador en la provincia de

Asia entre los años 112 y 114 d. C.; es seguro que la obra no se terminó antes, y parecen insuficientes para el total de la tarea los años que restarían entre el regreso a Roma y los más probables términos *ante quos*. Un pasaje del propio texto de los *Annales* en que se hace referencia a los límites del Imperio en el momento dado resulta ambiguo como fuente cronológica, toda vez que el *Rubrum Mare* al que en él se alude podría ser tanto el actual Mar Rojo abordado por la expansión romana en los años 105-106, como el Golfo Pérsico, lo que nos llevaría a las campañas de Mesopotamia en los años 116-117⁷. Wuilleumier concluye situando prudentemente el proceso de elaboración y publicación de los *Annales* entre los años 110 y 121 d. C., plazo lo bastante amplio como para casar con cualquiera de las interpretaciones posibles de los indicios discutidos⁸.

La materia de los *Annales* es, según se ha apuntado ya, la historia interior y exterior de Roma desde el reinado de Tiberio al de Nerón, ambos incluidos, es decir, la del período comprendido entre los años 14 y 68 d. C. En su primer capítulo nos dice Tácito que la crónica de ese período se había escrito al dictado del miedo, en la vida de los príncipes, del resentimiento una vez desaparecidos aquéllos; de ahí su designio de revisar tales tiempos⁹. El lector avisado, que tenga simultáneamente presente la idea general que el razonamiento de Tácito encierra y su ya aludido proyecto inicial de historiar la época más próxima, sin duda se preguntará si en la elección de la materia de los *Annales* no perpetra Tácito un acto de premeditada autoalienación ante una perspectiva comprometida. Desde luego resulta difícil explicar de otro modo el cambio de idea, y parece haber motivos para pensar que el historiador, que tan cordialmente había saludado el advenimiento de Nerva en el año 96, acabó decepcionado ante el rumbo que el poder tomaba bajo Trajano. Tácito, remitiéndose a un pasado lo suficientemente alejado para no herir suscep-

tibilidades, salvaba así —en cierta manera— su libertad de acción¹⁰.

Parece hoy claro que los *Annales* constaban de dieciocho libros, distribuidos en tres hexas —en cierta manera, también en tríadas— consagradas a períodos unitarios¹¹. El mismo principio parece haber presidido la elaboración de las *Historias*, cuyos doce libros vendrían así a completar el total de treinta que San Jerónimo atribuye al conjunto de la obra mayor de Tácito¹². Desde luego no resulta razonable pensar que en los, aproximadamente, cuarenta capítulos finales perdidos del libro XVI de los *Annales* —último de los conocidos— pudiera encerrarse la narración de los cuatro últimos años de Nerón, los que faltaban para desembocar en el comienzo de las ya publicadas *Historiae*. Del presunto total de dieciocho libros de los *Annales* ha llegado a nosotros la primera hexas —consagrada a Tiberio (14 a 37 d. C.)— con una importante laguna que abarca la mayoría del libro V y parte del VI, años 29 a 31 d. C.¹³. Se han perdido por entero los libros VII a X, que historiaban el reinado de Calígula (37-41 d. C.) y el principio del de Claudio hasta el año 46; en el 47 comienza la parte conservada del libro XI, su segunda mitad. Se ha conservado el resto del reinado de Claudio (libro XII), y la primera tríada de la hexas neroniana (XIII-XV), quedando la obra interrumpida hacia la mitad del libro XVI, en el año 66 d. C.

Los *Annales* son, pues, una crónica —y una meditación— en torno a más de medio siglo de poder personal dinástico en Roma; una reflexión a la que Tácito se entregó, tal vez, cargado de pesimismo con respecto a sus propios tiempos, y que probablemente no hizo sino acentuar ese sentimiento, al que con justeza se ha llamado deformación profesional del historiador.

2. Los «Anales» como obra historiográfica

Sin perjuicio de las prevenciones que la crítica fundada aconseje formular, puede afirmarse que los «Anales» son la fuente historiográfica más importante de que disponemos para el conocimiento de la historia de Roma entre los años 14 y 66 de nuestra era, con las lagunas ya indicadas de los años 29 a 31 y 37 a 47. Nuestro Tiberio, nuestro Claudio, nuestro Nerón tienen —para bien o para mal— un semblante básicamente tacíteo. De la trascendencia de los *Anales* como fuente histórica se da pronta cuenta el estudioso que, para comparar o suplir, se ve obligado a pedir ayuda a obras mucho menos profundas y menos fiables, como las de Suetonio y Dión Casio, respectivamente¹⁴.

Sine ira et studio, «sin encono ni parcialidad», es el archifamoso lema que Tácito coloca como declaración de principios al comienzo de su gran obra. En qué medida los resultados finales se ajustan a esa declaración sigue siendo objeto de debate y de duda. El carácter de fuente primaria que los «Anales» tienen contribuye a avivar la polémica.

Por la misma selección de los hechos que Tácito lleva a cabo podría comenzar el análisis de su teoría y práctica historiográficas. Dejando de lado el tema ya tocado de la elección del período a tratar, podemos fijar nuestra atención en el excursus en que el historiador se queja de que la historia reciente de Roma no proporciona al cronista una cuantía notoria de hechos importantes con relación a tiempos más lejanos; «no ignoro —escribe— que la mayor parte de los sucesos que he referido y he de referir pueden parecer insignificantes y poco dignos de memoria; pero es que nadie debe comparar nuestros anales con los de quienes contaron la antigua historia del pueblo romano. Ellos podían relatar ingentes guerras, conquistas de ciudades, victorias sobre reyes o, en caso de que atendieran preferentemente a los asuntos del interior, las discordias de los cónsules con los tribunos, las leyes agrarias y del trigo, las luchas entre la plebe y los patricios, y ello marchando por camino libre; en cambio mi tarea es angosta y sin gloria,

porque la paz se mantuvo inalterada o conoció perturbaciones leves, la vida política en la ciudad languidecía, y el príncipe no mostraba interés en dilatar el imperio» (IV 32, 1-2). En otro lugar distingue Tácito entre los sucesos dignos de figurar en unos anales y aquellos otros que no deben superar el marco de los *acta diurna*, el diario oficial de Roma (XIII 31, 1). Esa alergia del historiador a los hechos de menor cuantía —unida a una probable falta de experiencia personal— pudo ser la causa de la reiteradamente señalada imprecisión técnica de Tácito en las descripciones bélicas¹⁵. La comparación, por ejemplo, con el escueto pero exacto tecnicismo de César o la minuciosa erudición de Livio al tratar de tierras, pueblos y batallas, nos revelan a Tácito como a un historiador eminentemente cívico, urbano, e interesado primariamente en los aspectos morales de la historia.

Las fuentes de Tácito las conocemos, fundamentalmente, a través de su propio testimonio; porque Tácito, como buen clásico, provoca el característico fenómeno de la caída en el olvido de sus precedentes¹⁶, al igual que la *Eneida* virgiliana elimina de la historia la obra del venerable y arcaico Ennio. Entre tales fuentes habría que citar en primer término —según hace repetidamente el propio historiador— los que podríamos llamar documentos oficiales del estado romano: los *acta diurna*, las actas senatoriales, y demás textos conservados en los archivos públicos¹⁷. En ellos pudo tener acceso, por ejemplo, a los originales de los discursos que reproduce o glosa, así como a la correspondencia oficial. A medio camino entre tal documentación y la propiamente historiográfica estarían las memorias privadas que declara Tácito haber manejado; así las de Agripina, la madre de Nerón¹⁸. Entre las fuentes historiográficas de que se valió ha de contarse, por de pronto, la obra perdida de Plinio el Viejo sobre las guerras de Germania, así como su continuación a la historia de Aufidio Baso. Esta última se

extendía desde el final de la República hasta Claudio, pero Tácito no la menciona. Contemporáneo de Baso fue Servilio Noniano, cónsul en el año 35 d. C., del que quedan alusiones y restos tanto en Tácito como en Suetonio. Séneca el Viejo, por su parte, también historió el reinado de Tiberio en una obra perdida. Asimismo se nos ha perdido la historia de Cluvio Rufo, que se cree que abarcaba, casi justamente como los *Annales*, desde Augusto hasta la entronización de Vespasiano. Por último cabe citar la crónica de Fabio Máximo, a la que muchas veces alude Tácito, y que debió ser fuente importante para la última parte de los *Annales*. Mucho más prolija sería la mención de los numerosos testimonios anónimos, directos o no, que Tácito alega, especialmente en relación con hechos, causas o responsabilidades controvertidas. Tal confrontación de pareceres suele dar al historiador ocasión de dejarse llevar por una de sus más constantes tendencias metodológicas: la que le empuja a seguir, a contracorriente de la línea del pensamiento y de la decisión, la génesis de las acciones individuales o colectivas¹⁹.

Esta actitud *psicologista*, decimos, es en Tácito tan insistente que llega a revestir carácter formular en su narración la exposición de los posibles condicionamientos internos de las conductas; así, por ejemplo «(el que Tiberio rechazara el culto de su persona), lo interpretaban unos como modestia, muchos achacándolo a que no se fiaba de sí, algunos como algo propio de un espíritu degenerado» (IV 38, 40). Otras veces es el propio narrador quien directamente imagina las posibles alternativas; pero más generalmente prefiere aprovechar esos enfrentamientos de pareceres para ejemplificar su idea de la dinámica psicológica de los grupos. A esa dinámica se incorpora incluso la reacción ante fenómenos tan naturales como un eclipse o una tempestad, en cuanto proporcionan ocasión de analizar su impacto en una colectividad²⁰. Esta anatomía de las emo-

ciones individuales o compartidas es, sin duda, uno de los puntos fuertes del Tácito narrador. Naturalmente, a tal método de análisis pueden hacerse desde una mentalidad media de historiador moderno graves objeciones; pero tampoco cabe olvidar el paso adelante que Tácito da dentro de la historiografía romana ni la rentabilidad literaria que ese psicologismo le brindaba.

¿Quiere esto decir que Tácito no se plantea o no responde a un interrogante global sobre la dinámica de la historia humana? No exactamente, pues, por ejemplo, en un bien conocido excursus de los *Annales* medita en alta voz sobre el dilema del azar y la necesidad, del *casus* y del *factum*. Tácito, tras recoger una anécdota en que sale a relucir la astrología, hace una síntesis, un tanto simplificadora, de las doctrinas más en boga en torno al destino humano: «pero yo, cuando oigo estas y otras historias parecidas, no sé si pensar que las cosas de los mortales ruedan según el hado y una necesidad inmutable, o bien según el azar. Desde luego, a los más sabios de los antiguos y a los que siguen sus escuelas los hallarás divididos: unos tienen la idea de que ni nuestros principios ni nuestro fin ni, en suma, los hombres son objeto de la preocupación de los dioses; y que por eso con mucha frecuencia les ocurren desgracias a los buenos y prosperidades a los malos. En cambio otros creen que hay un hado congruente con la historia, pero no derivado de las estrellas errantes, sino vinculado a los principios y nexos de las causas naturales, y que, sin embargo, nos dejan la elección de la vida, una vez escogida la cual, es invariable la sucesión de los acontecimientos...» (VI 22, 1-2). Se trata, como es claro, de la doctrina del providencialismo estoico²¹ enfrentada con las más tradicionales críticas que a ella se hacían; pero no puede decirse que Tácito elabore o profese una teoría historiológica definida, algo —por otra parte— impropio de un temperamento típicamente romano, como el suyo, y poco amigo de la especulación teórica.

Al margen de las declaraciones de principios que Tácito hace, su misma praxis historiográfica permite decantar lo que podría llamarse un esquema de su ideario o de sus prejuicios. Se ha dicho, así, con razón, que en política es Tácito acérrimo adversario de la tiranía; pero es también un convencido partidario del *middle path*²², de la vía media entre el servilismo y la rebelión frente al poder constituido. Con acierto se ha sugerido que su primera obra, el *Agrícola*, podría tener no poco de apología *pro uita sua* de un hombre que, después de todo, había llevado una brillante carrera política y profesional bajo el déspota Domiciano. «(Agrícola) —escribe Tácito— no provocaba a la fama y al hado con la rebeldía ni con la vana jactancia. Sepan cuantos tienen por costumbre admirar la ilegalidad que incluso bajo malos príncipes puede haber grandes hombres, y que la sumisión y la moderación, si a ellas se une la actividad y la energía, sobresalen con la misma gloria con que muchos, por un camino violento pero sin utilidad alguna para la república, brillaron con una muerte pretenciosa» (Agr. 42, 6). Tan categórico aserto de la posibilidad de digna subsistencia bajo el tirano aparece mucho más atenuado en los *Anuales*, por ejemplo, en el análisis de la conducta y destino de Marco Lépidio, al que considera Syme «the most distinguished senator in the reign of Tiberius»²³. «Me veo obligado a dudar —escribe a su propósito Tácito— de si la inclinación de los príncipes hacia unos y su odio hacia otros depende —como lo demás— del hado y suerte ingénita, o si, por el contrario, hay algo que dependa de nuestra sabiduría y es posible seguir un camino libre de granjerías y de peligros entre la tajante rebeldía y el vergonzoso servilismo» (IV 20, 3).

En un plano más concreto de lo político parece claro que el Tácito de las *Historias* todavía creía en la posibilidad de hacer compatibles principado y libertad; la apoyaba, ante todo, el mecanismo de la sucesión no hereditaria que

haría posible la adopción del mejor, la recuperación de la *res publica* convertida en patrimonio familiar por la dinastía Julio-Claudia²⁴. Parece, sin embargo, que esta ilusión no tardó, cuando menos, en empañarse ante la adopción intrafamiliar de Adriano por Trajano, y que a esta decepción no es ajena —como ya se ha indicado— la elección de la materia de los «Anales». Ese rechazo de la sucesión familiar —al lado de la veneración por las viejas virtudes romanas— es uno de los rasgos más acusadamente *republicanos* de Tácito. Con todo, no parece que dejara nunca de creer en la necesidad del gobierno de uno solo²⁵; más que como adversario del Principado hay que considerarlo como un crítico implacable de los excesos y defectos de los príncipes.

Tácito añora, decimos, los viejos espíritus republicanos de igualdad y libertad, echándolos en falta, ante todo, en la clase senatorial, a la que se podría considerar en principio más obligada a conservarlos²⁶. Su crítica social empieza, efectivamente, por las capas más altas de la sociedad, a las que no considera a la altura de las circunstancias; Tácito no representa, pues, la crítica de los restos del patriciado oligárquico al poder militar y demagógico de los Césares. Pero al propio tiempo muestra un marcado desdén por las masas populares en cuanto tales; para él la *plebs* es un continuo fermento de bulos y motines, y sus amores son tan despreciables como sus odios²⁷. Esta desconfianza y desprecio son todavía mayores al hablar de esclavos y libertos. Tácito es también en este punto un típico romano, inmune a las ideas humanitaristas propagadas por los estoicos del tiempo, que no concibe al siervo como eventual sujeto de derecho alguno²⁸. Para el historiador el sector más sano de la sociedad romana es, sin duda, la nueva clase de provincianos promocionados, herederos de las viejas virtudes, que habían ido accediendo a puestos importantes en la vida del estado gracias a medidas como las

que Claudio toma para introducirlos en el Senado. El propio Tácito parece haber sido un típico *homo nouus* de procedencia periférica²⁹.

Ante los pueblos extranjeros también se muestra Tácito como un puro romano: cree en el destino imperial de Roma, llamada a ejercer la ley del más fuerte, a la manera en que se formula, por ejemplo, en el dramático diálogo entre atenienses y melios que recogió Tucídides³⁰. Su sentimiento de superioridad se acentúa especialmente al tratar de los griegos y de los reyes orientales. Los primeros le parecen gentes sin profundidad moral, y aunque Tácito no compartiera la dura opinión de Pisón sobre los atenienses, tampoco parece probable que sintiera por ellos el mismo aprecio que su admirado Germánico³¹. Frente a los déspotas orientales siente Tácito el característico menosprecio del viejo romano ante lo que considera inmoral y decadente³². Esta relativa xenofobia no impide a Tácito sentir ocasional curiosidad, y aun simpatía, por el bárbaro vencido, un poco en la idea de la prerromántica idealización del *buen salvaje* que actúa como hilo conductor en la *Germania*. Desde luego, el elogio del caudillo Arminio que cierra el [libro II](#) de los *Annales* es un noble homenaje dictado por tal sentimiento y que honra a su autor no menos que al destinatario.

Para Tácito la historia, en cuanto análisis y explicación de los hechos pasados, es una actividad aplicada, práctica y, más concretamente, moral. Y es tal vez éste el punto en el que más falsificadora resulta la manipulación de los textos del historiador dirigida a sustentar concepciones de tipo maquiavelista. Efectivamente, y con la parcial salvedad del punto ya tocado de las relaciones de Roma con los pueblos extranjeros, Tácito en manera alguna entendió su *sine ira et studio* como expresión de un indiferentismo ético. Al contrario, es por excelencia un historiador de buenos y malos ejemplos, y a ponerlos en relieve aplica to-